



Mi Universidad

RESUMEN

Nombre del Alumno: SANCHEZ PEREZ ELIAS JOSHUA

Nombre del tema: TEXTO CRITICO

Parcial: 1

Nombre de la Materia: LECTURA

SEMESTRO: 2

Lugar y Fecha de elaboración

En 1815, era obispo de D. el ilustrísimo Carlos Francisco Bienvenido Myriel, un anciano de unos setenta y cinco años, que ocupaba esa sede desde 1806. Quizás no será inútil indicar aquí los rumores y las habladurías que habían circulado acerca de su persona cuando llegó por primera vez a su diócesis. Lo que de los hombres se dice, verdadero o falso, ocupa tanto lugar en su destino, y sobre todo en su vida, como lo que hacen.

Parlamento de Aix, nobleza de toga. Se decía que su padre, pensando que heredara su puesto, lo había casado muy joven. Se decía que Carlos Myriel, no obstante este matrimonio, había dado mucho que hablar. Era de buena presencia, aunque de estatura pequeña, elegante, inteligente; y se decía que toda la primera parte de su vida la habían ocupado el mundo y la galantería. Sobrevino la Revolución; se precipitaron los sucesos; las familias ligadas al antiguo régimen, perseguidas, acosadas, se dispersaron, y Carlos Myriel emigró a Italia. Su mujer murió allí de tisis. No habían tenido hijos. ¿Qué pasó después en los destinos del señor Myriel?

En 1804 el señor Myriel se desempeñaba como cura de Brignolles. Era ya anciano y vivía en un profundo retiro.

Hacia la época de la coronación de Napoleón, un asunto de su parroquia lo llevó a París; y entre otras personas poderosas cuyo amparo fue a solicitar en favor de sus feligreses, visitó al cardenal Fesch. Un día en que el Emperador fue también a visitarlo, el digno cura que esperaba en la antesala se halló al paso de Su Majestad Imperial. Napoleón, notando la curiosidad con que aquel anciano lo miraba, se volvió, y dijo bruscamente:

¿Quién es ese buen hombre que me mira?

Majestad -dijo el señor Myriel-, vos miráis a un buen hombre y yo miro a un gran hombre. Cada uno de nosotros puede beneficiarse de lo que mira.

Esa misma noche el Emperador pidió al cardenal el nombre de aquel cura y algún tiempo después el señor Myriel quedó sorprendido al saber que había sido nombrado obispo de D.

Llegó a D. acompañado de su hermana, la señorita Baptistina, diez años menor que él.

Por toda servidumbre tenían a la señora Maglóire, una criada de la misma edad de la hermana del obispo.

La señorita Baptistina era alta, pálida, delgada, de modales muy suaves. Nunca había sido bonita, pero al envejecer adquirió lo que se podría llamar la belleza de la bondad.

Irradiaba una transparencia a través de la cual se veía, no a la mujer, sino al ángel.

La señora Magloire era una viejecilla blanca, gorda, siempre afanada y siempre sofocada, tanto a causa de su actividad como de su asma.

A su llegada instalaron al señor Myriel en su palacio episcopal, con todos los honores dispuestos por los decretos imperiales, que clasificaban al obispo inmediatamente después del mariscal de campo.

Terminada la instalación, la población aguardó a ver cómo se conducía su obispo.

El señor Myriel se convierte en monseñor Bienvenido

El palacio episcopal de D. estaba contiguo al hospital, y era un vasto y hermoso edificio construido en piedra a principios del último siglo. Todo en él respiraba cierto aire de grandeza: las habitaciones del obispo, los salones, las habitaciones interiores, el patio de honor muy amplio con galerías de arcos según la antigua costumbre florentina, los jardines plantados de magníficos árboles.

El hospital era una casa estrecha y baja, de dos pisos, con un pequeño jardín atrás.

Tres días después de su llegada, el obispo visitó el hospital. Terminada la visita, le pidió al director que tuviera a bien acompañarlo a su palacio.

Veintiséis, monseñor.

-Son los que había contado -dijo el obispo.

-Las camas -replicó el director- están muy próximas las unas a las otras.

-Lo había notado.

-Las salas, más que salas, son celdas, y el aire en ellas se renueva difícilmente.

-Me había parecido lo mismo.

-Y luego, cuando un rayo de sol penetra en el edificio, el jardín es muy pequeño para los convalecientes.

También me lo había figurado.

-En tiempo de epidemia, este año hemos tenido el tifus, se juntan tantos enfermos; más de ciento, que no sabemos qué hacer.

-Ya se me había ocurrido esa idea.

-¡Qué queréis, monseñor! -dijo el director-: es menester resignarse.

Esta conversación se mantenía en el comedor del piso bajo.

¿Cuántas camas creéis que podrán caber en esta sala?

-¿En el comedor de Su Ilustrísima?? exclamó el director estupefacto.

El obispo recorría la sala con la vista, y parecía que sus ojos tomaban medidas y hacían cálculos.

-Bien veinte camas -dijo como hablando consigo mismo; después, alzando la voz, añadió: Mirad, señor director, aquí evidentemente hay un error. En el hospital sois veintiséis personas repartidas en cinco o seis pequeños cuartos. Nosotros somos aquí tres y tenemos sitio para sesenta. Hay un error, os digo; vos tenéis mi casa y yo la vuestra.

Devolvedme la mía, pues aquí estoy en vuestra casa.

Al día siguiente, los veintiséis enfermos estaban instalados en el palacio del obispo, y éste en el hospital.

Monseñor Myriel no tenía bienes. Su hermana cobraba una renta vitalicia de quinientos francos y monseñor Myriel recibía del Estado, como obispo, una asignación de quince mil francos. El día mismo en que se trasladó a vivir al hospital, el prelado determinó de una vez para siempre el empleo de esta suma, del modo que consta en la nota que transcribimos aquí, escrita de su puño y letra:

Durante todo el tiempo que ocupó el obispado de D., monseñor Myriel no cambió en nada este presupuesto, que fue aceptado con absoluta sumisión por la señorita Baptistina.

Para aquella santa mujer, monseñor Myriel era a la vez su hermano y su obispo; lo amaba y lo veneraba con toda su sencillez.

Al cabo de algún tiempo afluyeron las ofrendas de dinero. Los que tenían y los que no tenían llamaban a la puerta de monseñor Myriel, los unos yendo a buscar la limosna que los otros acababan de depositar. En menos de un año el obispo llegó a ser el tesorero de todos los beneficios, y el cajero de todas las estrecheces. Grandes sumas pasaban por sus manos pero nada hacía que cambiara o modificase su género de vida, ni que añadiera lo más ínfimo de lo superfluo a lo que le era puramente necesario.

Lejos de esto, como siempre hay abajo más miseria que fraternidad arriba, todo estaba, por decirlo así, dado antes de ser recibido.

Es costumbre que los obispos encabecen con sus nombres de bautismo sus escritos y cartas pastorales. Los pobres de la comarca habían elegido, con una especie de instinto afectuoso, de todos los nombres del obispo aquel que les ofrecía una significación adecuada; y entre ellos sólo le designaban como monseñor Bienvenido. Haremos lo que ellos y lo llamaremos del mismo modo cuando sea ocasión. Por lo demás, al obispo le agradaba esta designación.

-Me gusta ese nombre -decía: Bienvenido suaviza un poco lo de monseñor.

Las obras en armonía con las palabras

Su conversación era afable y alegre; se acomodaba a la mentalidad de las dos ancianas que pasaban la vida a su lado: cuando reía, era su risa la de un escolar. La señora Magloire lo llamaba siempre «Vuestra Grandeza». Un día monseñor se

levantó de su sillón y fue a la biblioteca a buscar un libro.

Estaba éste en una de las tablas más altas del estante, y como el obispo era de corta estatura, no pudo alcanzarlo.

-Señora Magloire -dijo-, traedme una silla, porque mi Grandeza no alcanza a esa tabla.

y solía decir: Veamos el camino por donde ha pasado la falta.

«El hombre tiene sobre sí la carne, que es a la vez su carga y su tentación. La lleva, y cede a ella. Debe vigilarla, contenerla, reprimirla; mas si a pesar de sus esfuerzos cae, la falta así cometida es venial. Es una caída; pero caída sobre las rodillas, que puede transformarse y acabar en oración».

Frecuentemente escribía algunas líneas en los márgenes del libro que estaba leyendo.

«Oh, Vos, ¿quién sois? El Eclesiástico os llama Todopoderoso; los Macabeos os nombran Creador; la Epístola a los Efesios os llama .

Como éstas

Misericordia, y éste es el más bello de vuestros nombres».

En otra parte había escrito: «No preguntéis su nombre a quien os pide asilo.

Precisamente quien más necesidad tiene de asilo es el que tiene más dificultad en decir su nombre».

Añadía también

«A los ignorantes enseñadles lo más que podáis; la sociedad es culpable por no dar instrucción gratis; es responsable de la oscuridad que con esto produce. Si un alma sumida en las tinieblas comete un pecado, el culpable no es en realidad el que peca, sino el que no disipa las tinieblas».

Como se ve, tenía un modo extraño y peculiar de juzgar las cosas. Sospecho que lo había tomado del Evangelio.

Un día oyó relatar una causa célebre que se estaba instruyendo, y que muy pronto debía sentenciarse. Un infeliz, por amor a una mujer y al hijo que de ella tenía, falto de todo recurso, había acuñado moneda falsa. En aquella época se castigaba este delito con la pena de muerte. La mujer fue apresada al poner en circulación la primera moneda falsa fabricada por el hombre. El obispo escuchó en silencio. Cuando concluyó el relato, preguntó:

-En el tribunal de la Audiencia.

¿Y dónde juzgarán al fiscal?

Cuando paseaba apoyado en un gran bastón, se diría que su paso esparcía por donde iba luz y animación. Los niños y los ancianos salían al umbral de sus puertas para ver al obispo. Bendecía y lo bendecían. A cualquiera que necesitara algo se le indicaba la casa del obispo. Visitaba a los pobres mientras tenía dinero, y cuando éste se le acababa, visitaba a los ricos.

Hacía durar sus sotanas mucho tiempo, y como no quería que nadie lo notase, nunca se presentaba en público sino con su traje de obispo, lo cual en verano le molestaba un poco.

Su comida diaria se componía de algunas legumbres cocidas en agua, y de una sopa.

Ya dijimos que la casa que habitaba tenía sólo dos pisos. En el bajo había tres piezas, otras tres en el alto, encima un desván, y detrás de la casa, el jardín; el obispo habitaba el bajo. La primera pieza, que daba a la calle, le servía de comedor; la segunda, de dormitorio, y de oratorio la tercera. No se podía salir del oratorio sin pasar por el dormitorio, ni de éste sin pasar por el comedor. En el fondo del oratorio había una alcoba cerrada, con una cama para cuando llegaba algún huésped. El obispo solía ofrecer esta cama a los curas de aldea, cuyos asuntos parroquiales los llevaban a D.

Había además en el jardín un establo, que era la antigua cocina del hospital, y donde el obispo tenía dos vacas. Cualquiera fuera la cantidad de leche que éstas dieran, enviaba invariablemente todas las mañanas la mitad a los enfermos del hospital. «Pago mis diezmos», decía.

Un aparador, convenientemente revestido de mantelitos blancos, servía de altar y adornaba el oratorio de Su Ilustrísima.

-Pero el más bello altar -decía- es el alma de un infeliz consolado en su infortunio, y que da gracias a Dios.

No es posible figurarse nada más sencillo que el dormitorio del obispo. Una puerta-ventana que daba al jardín; enfrente, la cama, una cama de hospital, con colcha de sarga verde; detrás de una cortina, los utensilios de tocador, que revelaban todavía los antiguos hábitos elegantes del hombre de mundo; dos puertas, una cerca de la chimenea que daba paso al oratorio; otra cerca de la biblioteca que daba paso al comedor. La biblioteca era un armario grande con puertas vidrieras, lleno de libros; la chimenea era de madera, pero pintada imitando mármol, habitualmente sin fuego. Encima de la chimenea, un crucifijo de cobre, que en su tiempo fue plateado, estaba clavado sobre terciopelo negro algo raído y colocado bajo un dosel de madera; cerca de la puerta-ventana había una gran mesa con un tintero, repleta de papeles y gruesos libros.

La casa, cuidada por dos mujeres, respiraba de un extremo al otro una exquisita limpieza. Era el único lujo que el obispo se permitía. De él decía: «Esto no les quita nada a los pobres».

Menester es confesar, sin embargo, que le quedaban de lo que en otro tiempo

había poseído seis cubiertos de plata y un cucharón, que la señora Magloire miraba con cierta satisfacción todos los días relucir espléndidamente sobre el blanco mantel de gruesa tela.

Y como procuramos pintar aquí al obispo de D. tal cual era, debemos añadir que más de una vez había dicho: « Renunciaría difícilmente a comer con cubiertos que no fuesen de plata».

A estas alhajas deben añadirse dos grandes candeleros de plata maciza que eran herencia de una tía abuela. Aquellos candeleros sostenían dos velas de cera, y habitualmente figuraban sobre la chimenea del obispo. Cuando había convidados a cenar, la señora Magloire encendía las dos velas y ponía los dos candelabros en la mesa.

A la cabecera de la cama del obispo, había pequeña alacena, donde la señora Magloire guardaba todas las noches los seis cubiertos de plata y el cucharón.

.

Introducción

La novela "Los Miserables" de Victor Hugo es una obra maestra de la literatura francesa que aborda temas como la justicia, la redención y la lucha contra la opresión. Publicada por primera vez en 1862, la historia se desarrolla en un contexto de revolución social y se centra en las vidas entrelazadas de varios personajes, destacando la figura de Jean Valjean, un exconvicto en busca de redención.

A lo largo de la novela, Hugo presenta una crítica profunda de la sociedad de su tiempo, explorando las injusticias del sistema penal y la pobreza que enfrentan muchos. Entre los personajes secundarios, el obispo Myriel simboliza la bondad y la generosidad, sirviendo como un faro de esperanza en un mundo sombrío.

Los temas principales de la obra se pueden resumir en:

- **La lucha por la redención:** La búsqueda de Jean Valjean por liberarse de su pasado criminal.
- **La injusticia social:** La dura realidad que enfrentan los pobres y oprimidos.
- **El amor y el sacrificio:** Las relaciones humanas que guían a los personajes en su camino.

"Los Miserables" no solo es una narración conmovedora, sino también una reflexión sobre la humanidad, la misericordia y el poder del cambio.

Monseñor Myriel

La vida del obispo

Monseñor Myriel es un personaje central en la novela "Los Miserables" de Victor Hugo. Nacido en una familia noble, eligió la vida religiosa y se convirtió en obispo de Digne. Su carácter bondadoso y generoso lo distingue, ya que a menudo se ocupa de los más necesitados. Es conocido por su compasión y su enfoque humanitario, que le lleva a transformar su diócesis en un lugar de esperanza y refugio para los desafortunados. Myriel desarma la crítica social que prevalece en su tiempo, predicando la importancia del amor y la caridad por encima de las normas estrictas de la iglesia. Su vida está marcada por la idea de redención y la voluntad de hacer el bien, lo que lo convierte en un pilar moral en la historia.

La llegada a D.

La llegada de Monseñor Myriel a Digne marca un punto de cambio en la vida de la ciudad. Al asumir el cargo de obispo, trae consigo una nueva visión de la fe y de la responsabilidad social. Su llegada se percibe como un rayo de luz en un lugar donde predominan el sufrimiento y la desesperanza. Al principio, algunos ciudadanos dudan de su enfoque poco convencional. Sin embargo, a medida que se establece en su puesto, el obispo empieza a ganar el respeto y la admiración de muchos.

Su primera acción significativa es abrir las puertas de su casa para acoger a los pobres y desamparados. Está decidido a erradicar la miseria y abogar por la dignidad humana. Esta actitud generosa no solo transforma su diócesis, sino que también le permite cruzar caminos con Jean Valjean, un exconvicto que se convertirá en un personaje crucial en la narrativa. La esencia de Myriel reside en su capacidad para ver el potencial de redención en cada ser humano, un tema que resonará a lo largo de la novela.

La transformación del obispo

La figura del obispo Myriel, en "Los miserables", simboliza la generosidad y el altruismo. Su transformación comienza cuando asume el cargo de obispo en una ciudad marcada por la pobreza y la desesperación. A través de su dedicación al hospital local, el obispo demuestra un compromiso inquebrantable con el bienestar de los enfermos y desamparados.

El hospital y la generosidad

El hospital de Digne, bajo la supervisión del obispo, se convierte en un refugio para los más necesitados. Myriel no solo dirige el lugar, sino que también se involucra activamente en el cuidado de los pacientes. Su generosidad se manifiesta en varias formas:

- **Donaciones:** Contribuye económicamente a la mejora de las instalaciones y a la compra de medicamentos.
- **Voluntariado:** Se ofrece como voluntario para atender a los enfermos, mostrando una dedicación admirada por los habitantes del lugar.
- **Cuidado personal:** Myriel se preocupa por cada paciente, convirtiéndose en una figura paternal y compasiva que brinda no solo asistencia médica, sino también apoyo emocional.

La relación con los pobres

El obispo Myriel establece lazos profundos con la comunidad, especialmente con los pobres y marginados. Su enfoque hacia ellos está marcado por la dignidad y el respeto. A lo largo de su vida, demuestra una profunda empatía hacia quienes sufren, considerando que cada persona tiene un valor intrínseco, independientemente de su situación social.

- **Visitas domiciliarias:** Myriel visita a familias necesitadas, asegurándose de que no solo reciban ayuda material, sino también compañía y esperanza.
- **Inspiración para otros:** Su ejemplo encarna los valores del amor y la humildad, inspirando a otros a seguir su camino de generosidad y compasión.
- **Defensor de la igualdad:** El obispo se erige como defensor de los derechos de los pobres, desafiando las convenciones sociales que perpetúan la desigualdad.

En resumen, la transformación del obispo Myriel es un poderoso testimonio del impacto que una vida dedicada al servicio y a la generosidad puede tener en una comunidad necesitada. Su legado perdura a través de las acciones que inspiran el cambio y la esperanza, convirtiéndose en un faro de luz en medio de la oscuridad.

Jean Valjean

La vida de Jean Valjean

Jean Valjean es el personaje central de "Los Miserables" de Victor Hugo. Nacido en un entorno humilde, Valjean creció en la pobreza. A los 25 años, fue condenado a prisión por robar un trozo de pan para alimentar a su hermana y a sus hijos hambrientos. Su sentencia inicial de cinco años se extendió a dieciseis por varios intentos de fuga. Durante su encarcelamiento, la vida de Valjean se transforma notablemente, aprendiendo a ser resentido y desconfiado del mundo.

Después de cumplir con su condena, Valjean se enfrenta a un nuevo desafío: la sociedad lo rechaza debido a su historial criminal, lo que lo orilla a vivir como un paria. Es en este momento que su vida da un giro importante al conocer la bondad del obispo Myriel, quien, al mostrarle compasión, le permite vislumbrar la posibilidad de una nueva vida.

La condena y la liberación

La condena de Valjean no solo es física, sino también moral. El sistema carcelario lo ha dejado marcado y resentido. Sin embargo, su liberación es un punto de inflexión: encuentra un nuevo propósito al decidir que no se dejará definir por su pasado criminal. Tras el encuentro con el obispo, Valjean se compromete a ser un hombre de bien, abandona su identidad anterior y comienza a trabajar arduamente.

Se convierte en un hombre exitoso y un bienhechor en su nueva comunidad, asumiendo la identidad de Monsieur Madeleine. Sin embargo, su pasado no lo deja tranquilo; el inspector Javert, quien representa la ley absoluta, lo persigue incansablemente. La lucha entre su deseo de redención y la inexorabilidad de la ley se convierte en central en su vida.

La liberación no solo se refiere a su excarcelación física, sino a su renacimiento como un hombre decidido a hacer el bien y ayudar a los demás, demostrando que el pasado no puede definir el futuro. Valjean se convierte en un símbolo de esperanza y transformación, sacando a la luz la lucha entre la injusticia y la búsqueda de la redención.

El encuentro

La noche en casa del obispo

Jean Valjean, un exconvicto que ha estado huyendo de su pasado, se encuentra en una situación desesperada. Tras ser rechazado por varias personas debido a su identidad, decide tocar la puerta de la casa del obispo Myriel. A pesar de la desconfianza inicial, el obispo lo recibe con calidez y le ofrece refugio. Esa noche, Valjean se siente abrumado por la amabilidad del obispo, quien le brinda una comida abundante y un lugar donde dormir. Sin embargo, la tentación de robar se apodera de él y, al caer la noche, Valjean decide llevarse la valiosa platería del obispo.

La decisión de Jean Valjean

Al ser capturado por la policía al intentar huir con los objetos robados, Valjean se enfrenta a un dilema devastador. Sin embargo, el obispo, en un acto de compasión inesperada, afirma que los artículos fueron un regalo para Valjean y que él los había otorgado libremente. Esta intervención transforma el destino de Valjean. En lugar de ser enviado de nuevo a la prisión, se le brinda una segunda oportunidad. La bondad del obispo provoca en Valjean una profunda reflexión e inicia un cambio en su vida. En ese momento, la decisión de Valjean de abrazar una nueva vida, lejos del crimen, se convierte en un punto de inflexión que lo marcará para siempre. Este encuentro no solo redefine su identidad, sino que también sienta las bases de su búsqueda por la redención.

La vida nueva

Jean Valjean, tras su encuentro transformador con Monseñor Myriel, se enfrenta a un nuevo comienzo lleno de esperanza. El obispo, en un acto de generosidad sin igual, le entrega a Valjean dos candelabros de plata y lo insta a que use esos dones para convertirse en un hombre mejor. Esta noche marca un cambio radical en su vida, impulsándolo a dejar atrás su pasado delictivo y a buscar la redención.

Las promesas del obispo

Valjean hace promesas firmes de cambiar su camino, guiado por la bondad y los valores inculcados por el obispo. Estas promesas incluyen:

- Utilizar su nueva vida para ayudar a los demás.
- No volver a cometer actos delictivos.
- Buscar la manera de redimirse por sus errores pasados.

El obispo se convierte en un faro de esperanza y una figura paterna que inspira a Valjean a lograr su transformación.

El cambio en la conciencia

La experiencia con Monseñor Myriel despierta en Valjean una profunda reflexión sobre su propia moralidad. Se da cuenta de la importancia de ser responsable de sus acciones y del impacto que estas tienen en los demás. Este despertar le lleva a cuestionarse:

- ¿Qué significa realmente ser una buena persona?
- ¿Cómo puede reparar el daño que ha causado a lo largo de su vida?

A medida que lucha con estos dilemas éticos, Valjean comienza a construir una nueva identidad basada en el altruismo y la compasión, propiciando su transición de un ser marginado a un ciudadano ejemplar comprometido con el bienestar de su comunidad.

El dilema moral

El dilema moral de Jean Valjean se centra en su lucha interna entre la legalidad y la ética. Tras haber sido liberado de su condena, Valjean intenta vivir una vida honesta, pero su pasado lo persigue.

El robo a Gervasillo

Después de recibir una nueva identidad como el Sr. Madeleine, Valjean se convierte en un exitoso empresario y alcalde. Sin embargo, la miseria que observa a su alrededor le recuerda su propia historia. Un momento crítico surge cuando se ve obligado a robar una barra de pan para proteger a un niño hambriento, Gervasillo, cuyo padre no puede alimentarlo. Aunque su acción es motivada por la compasión, este robo representa una violación de la ley. Este acto genera una profunda inquietud en Valjean, quien se siente atrapado en un ciclo de criminalidad y redención.

La lucha interna de Valjean

La lucha de Valjean se intensifica cuando se da cuenta de que cada decisión que toma podría significar la diferencia entre salvar una vida o perderse en la oscuridad de su pasado. Se debate entre:

- **El deseo de hacer el bien:** Valjean quiere ser un hombre de honor y ayudar a los demás.
- **El miedo a ser capturado:** Su identidad amenazada lo lleva a replantear el significado de la moralidad.

Esta tensión interna refleja la complejidad del ser humano, donde las acciones, motivadas por amor y compasión, pueden chocar con las normas sociales y legales. Valjean se convierte así en un símbolo de la lucha entre el bien y el mal, destacando la importancia de la compasión en un mundo lleno de injusticias.

Conclusión

El viaje de Jean Valjean a lo largo de "Los miserables" es una profunda exploración de la redención y la transformación personal. Desde su condena injusta hasta su encuentro con Monseñor Myriel, Valjean experimenta una metamorfosis que desafía su historia como criminal.

A través de la generosidad y la compasión del obispo, Valjean encuentra la chispa que lo impulsa a cambiar su vida. Este encuentro marca un antes y un después en su percepción del mundo y de sí mismo. A medida que se enfrenta a dilemas morales y desafíos, Valjean debe decidir entre seguir su antiguo camino o abrazar su nueva identidad como un hombre bueno.

Las lecciones aprendidas son significativas:

- **La importancia de la compasión:** La bondad del obispo le enseña a Valjean el valor de ayudar a los demás.
- **La lucha interna:** La batalla entre el pasado y el deseo de redención es una constante en la vida de Valjean.
- **La búsqueda de identidad:** Valjean simboliza la lucha por el reconocimiento y la dignidad en un mundo que frecuentemente juzga por las acciones del pasado.

En última instancia, "Los miserables" no solo narra la historia de una persona, sino que ofrece un mensaje universal sobre la esperanza, el cambio y el poder de la bondad en la sociedad.